



**¿En qué piensan las casas?
Aproximaciones a los valores de intimidad
poética del espacio interior en tres relatos
colombianos***

Kevin Alexis García

Resumen

En este contexto me propongo explorar los valores de intimidad poética del espacio interior en tres relatos colombiano. Son articulados por la casa como factor común, metáfora viva, útero simbólico, espacio íntimo de arraigo, primer hábitat del individuo que ordena la experiencia esencial humana: las preferencias comunes, colectivas y personales de la memoria y el olvido. Comparto al final del texto una experiencia creativa sobre la casa de mi infancia.

Palabras clave: morada, memoria atávica, habitus, metáfora, razón instrumental.

*Esta es mi casa, la que me ha leído
día a día, la que me ha pensado, me
ha modificado, la que me ha hecho
a su imagen y semejanza. Antes que
el habitante soy el habitado, el vivido.*

Fernando Garavito

Un estudio detallado, sistemático y riguroso de la obra crítica de Gastón Bachelard debe dar

* Este texto fue presentado para el curso de *Enfoques críticos I*, a cargo de la profesora María Antonieta Gómez Goyeneche, durante el primer semestre del año 2007, en el programa académico de la Maestría en Literatura Colombiana y Latinoamericana.

cuenta no sólo de la riqueza, creación y complejidad de su pensamiento, también debe excitar otras miradas hacia las obras literarias y el ejercicio mismo de su crítica, incluso en un país donde los acercamientos socio-históricos y formalistas se erigen como valores dominantes.

Toda escritura es un acto de reflexión sobre los pensamientos y las vivencias, sobre la subjetividad que nos constituye y nos distingue, sobre nuestras ideas sofisticadas y tautológicas, sobre nuestras mentalidades, nuestro sentido común, y nuestros prejuicios, creencias y valores con que nos relacionamos con el mundo. Quién lea la obra de Gastón Bachelard y no sea afectado por su pensamiento, probablemente no le ha conocido. Quien no halle en sus libros ideas renovadoras, miradas estimulantes, imágenes evocadoras articuladas en una cosmovisión de la crítica literaria, no se ha despojado de los juicios y prejuicios de la razón que, sin abandonarlos, Bachelard supera.

En este texto haré una aproximación y análisis a los valores de intimidad poética del espacio interior en tres relatos colombianos, implementando la óptica crítica de Gastón Bachelard. Lo he articulado en tres momentos: en el primero presentaré, a manera de contexto teórico, algunos acercamientos generales en torno a una poética del espacio enfocada en la casa.

En un segundo momento presentaré los relatos *Mediodía*, *Cerca al café* y *Bajo el frío*, del autor colombiano Fernando Garavito, que tienen como valor dominante el acercamiento poético del autor hacia su casa natal. Textos publicados en el libro de Benjamín Villegas, *Casa Colombiana* (1992). De ellos extraeré las imágenes literarias que nos permitirán analizar los valores de resguardo y ensoñación y mostraré la pertinencia de la crítica bachelardiana para abordarlos. En los dos primeros momentos desarrollaré un diálogo crítico entre los conceptos de Bachelard y Rosana Cassigoli; así mismo

he buscado poemas, todos colombianos, que ejemplifican las poéticas del espacio y la ensoñación. Lo anterior con el objetivo de mostrar la pertinencia de la crítica bachelardiana para la literatura latinoamericana y la importancia de su adecuada adaptación e interpretación a nuestro contexto.

Como último momento compartiré con el lector un relato autóctono acerca de mi casa natal, como un ejercicio concerniente más con el goce creativo que con el trabajo académico, seducido por las imágenes de infancia que afloraron en mí, estimuladas por los relatos del estudio. Les compartiré pues la casa natal desde mi ensoñación.

Con la antorcha encendida: hacia una poética del espacio

El ser humano entabla relaciones de arraigo con los espacios que ocupa, especialmente, con su casa; hay una adhesión innata a la función primera de habitar. Bachelard se interesa por realizar un estudio fenomenológico de los valores de intimidad del espacio interior, a través de la casa natal; le interesa determinar la realidad profunda de cada uno de los matices de nuestro apego a un lugar de elección.

Hernán Vargas Carreño (2007) en su poema *Estancia* poetiza su casa natal, una casa inmemorial cuyo recuerdo lo acompañará hasta el final de sus días:

*Quien aprende a amar
los altos muros de su casa,
los lamentos que allí persisten,
los perros ancianos y silenciosos
que se niegan a morir,
aquellos peldaños que ya nadie sube,*

*los ruidos de la cocina y el espectro
de la madre ofrendándonos el café
y su bendición,
le será fácil aceptar
-mas no comprender-
que esa, ya no es su casa,
sino los altos muros de su tumba.*

Existen unos valores en el espacio habitado, una poética de dicho espacio. En la casa, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue y todos los espacios tienen valores de onirismo. La casa alberga el sueño, protege al soñador. Con la casa nos enraizamos en un rincón del mundo.

La casa ya no es un espacio habitado, es un cosmos, es un ser, sostiene al hombre de las tormentas del cielo y de la vida. Porta una simbología en cada espacio, en cada objeto, en cada material que la compone. En el poema *La Pared* de Luisa María Rengifo (2004) vemos cómo además de una simbología, los espacios de la casa proporcionan catarsis y catalizadores al ser que la habita. El poeta los aprovechará para consubstanciarse con esos espacios y para transmutar en ellos sus sentimientos, sus sensaciones, sus nostalgias y tristezas, su mundo añorado o derruido, para llorar sus ausencias:

*La pared entristecida
se ha hecho quitar los cuadros
se ha hecho demoler por pedazos; está
agrietada
de llorar tus manos
de llorar sin ti las ventanas
y las calles
¿Sería su palidez de cal
su adormilado repello*

*(él) que te hirió tanto?
La pared derrumbada
escombros blancos de ladrillo
es ahora humo intenso
vértigo de llanto*

Los espacios de la casa caracterizan nuestros recuerdos. La memoria antes que etérea se encarna en ella. La casa natal enraiza en lo profundo de nuestro inconsciente valores de albergue de los espacios de habitar íntimos. Bachelard nos dirá que para el conocimiento de la intimidad, más urgente que la determinación de las fechas, es la localización de nuestra intimidad en los espacios. Para ello propone realizar un topoanálisis, estudio psicológico, sistemático de los parajes de nuestra vida íntima.

La casa es una caverna de ensoñación, las ensoñaciones que tienden a la infancia y la poética de los espacios de intimidad convergen en ella. La casa natal es el espacio donde más se soñó, y de la forma más libre, las vivencias de un mundo imaginado.

La casa nos brinda a un tiempo imágenes dispersas y un cuerpo de imágenes. Bachelard caracteriza los espacios de la casa europea, sometida a cuatro estaciones en el año. La casa que protege a su habitante de la inclemencia pertinaz de la nieve, del ardor del sol, de la humedad de la lluvia y su tormenta, del asecho de los vientos y huracanes.

En la casa europea el sótano simboliza la oscuridad, el punto de enlace con lo subterráneo, el encuentro con la inconsciencia, el germen del miedo. A pesar de que la modernidad traiga consigo la luz eléctrica, nuestro inconsciente siempre descenderá al sótano con una vela encendida.

Por su parte, la guardilla alberga la simbología de protección, intimidad, reflexión y punto de encuentro con la luz. El *Diccionario de la Real Academia Española* define el desván como “*la parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos inútiles o en desuso. Que no es habitable*”. Desconoce que es el espacio donde habita la soledad y la intimidad, es el espacio para la ensoñación, el lugar donde se está más cerca del cielo. Es el desván el espacio de la conciencia, la claridad y la razón. La escalera que sube al desván es empinada, su recorrido simboliza el ascenso a la soledad y otorga heroísmo y virtuosidad a quien la recorre. El desván y la guardilla tienen el valor de una concha, su valor de protección. Las escaleras que descienden al sótano simbolizan el pasadizo al misterio, a las tinieblas. Con Bachelard se distinguen claramente los valores de intimidad del sótano y el desván. En el desván

Las ratas y los ratones se pueden alborotar a gusto. Si aparece el señor, volverán silenciosas a su escondite. En el sótano se mueven seres más lentos, menos vivos, más misteriosos. En el desván los miedos se “racionalizan”. [...] En el desván la experiencia del día puede siempre borrar los miedos de la noche. En el sótano las tinieblas subsisten noche y día (Bachelard, 1993b: 50).

De esta forma el ser amparado ha sensibilizado los límites de su albergue, vive la casa con su realidad y su virtualidad, con el pensamiento y los sueños, dotándolos de valores de onirismo. Un gran ejemplo de esto es el poema *De los lugares propios* del poeta colombiano Luis Fernando Henao (2004):

*Esta es mi casa largamente vivida / estática en el sopor de las tardes/ entregada por completo al letargo del calor/ como un lagarto bajo el sol/ el tiempo tumbado sobre los muebles/ los cuadros con la esencia inmemorial de su madera / **colgados del recuerdo / el corredor y su memoria antiquísima /las lámparas que penden del techo / como pájaros trasegados al borde de la noche** /de pronto me enfrento al espejo y ahí estoy /pero no soy el que buscaba /sigo caminando penumbra adentro y /las cucarachas me abren paso /como si se lo abrieran a la más grande de ellas /las sillas del comedor listas para la soledad /los cubiertos abandonados a la deriva de los platos /un aguacero insiste golpeando en el tejado / por el que inexorablemente anocheciendo vienen / los, oscuros maullidos de los trasnochados gatos / **y en la esencia de las pequeñas cosas /habita un secreto que no sé aún /si es sueño o memoria** / algo gira inquieto en la cocina /e irrumpe en las habitaciones/ pero no soy yo / ni mucho menos aquel que en el espejo buscaba / sigo solo como el mantel en la mesa / como la triste e infatigable mecedora / que mece y mece a nadie / y meciendo a nadie insiste en envejecer / **ahora pueden ver como las casas viejas/ no las hacen los arquitectos sino el tiempo** / entonces de pronto/ las baldosas tosen y las paredes murmuran / y es un alivio sentirse acompañado*

En su ensoñación el poeta se interroga por su actividad ensoñadora: “*habita un secreto que no sé aún /si es sueño o memoria*”. Con Bachelard comprendemos qué es ensueño, una unión de la imaginación y la memoria.

Es ese estado que le brinda la lucidez para comprender que *“las casas viejas / no las hacen los arquitectos sino el tiempo”*. En la ensoñación el poeta sensibiliza los límites de su alberga, la casa y sus espacios se animan, cobran vida: *“las baldosas tosen y las paredes murmuran / y es un alivio sentirse acompañado”*.

En la casa se tejen los lazos antropocósmicos, ella marca en el ser los valores fundantes para habitar los espacios de intimidad y para imaginar el mundo. Al fundar las maneras de habitar, las naturaliza.

Ella es imaginada como un ser vertical, se eleva, conciencia que Bachelard recogerá en el árbol y en la verticalidad de las llamas. De esta forma se tejen unos valores en el espacio habitado, un no yo que protege al yo.

Contra esta jauría que se desencadena poco a poco, la casa se transforma en el verdadero ser de humanidad pura, el ser que se defiende sin tener nunca la responsabilidad de atacar. [...] Es la resistencia del hombre. Es valor humano, grandeza del hombre (Bachelard, 1993b: 76).

Bajo la mirada bachelardiana la casa cobra vida, el lector siente renovadas sus percepciones sobre el espacio íntimo que habita y el que habitó en su infancia. Además de un espacio con simbolismos diferenciados es un ser con valores de protección. *“Yo digo madre mía, y pienso en ti, ¡oh casa! / casa de los bellos y oscuros estíos de mi infancia”*. De esta forma Milosz une las imágenes de la madre y de la casa. ¿Pudo otorgarle un valor mayor a su espacio íntimo que el valor materno?

En síntesis, se pueden enumerar los siguientes principios unificadores de la casa:

- Sensoriales: calidez, sonidos que caracterizan los objetos domésticos, gestualidades, maneras de hacer y de habitar los espacios cotidianos.
- Anímicos: soledad, miedo, felicidad.
- Ontológicos: unidad primigenia del ser
- Fenomenológicos: reminiscencia, condensación e inmensidad íntima, supratemporalidad, interrelación realidad-imaginación.
- Arquetípicos: organización del universo.
- Simbólicos: maternidad de la casa, retorno a la casa natal: un retorno al útero, valor de nido, valor de concha.
- Díadas opositoras: claridad-oscuridad, arriba-abajo, ascenso-descenso, cielo-tierra, consciencia-inconsciencia, tranquilidad-miedo, ruido-silencio, movimiento-reposo, introversión-extraversión.
- Mitológicos: cosmología de la casa, espacio de articulación antropocósmica.
- Poéticos: caverna de la ensoñación, condensación de diversos onirismos en los espacios que integran la casa.

Son reiterativos los llamados de Bachelard a reconocer la fuerza del pasado en la ensoñación. Para él la ensoñación está íntimamente ligada a la reminiscencia, al recuerdo; tiene un pasado lejano. Luego nos dirá que la imaginación y la memoria no permiten ser disociadas y que ambas constituyen una comunidad del recuerdo y de la imagen. En la ensoñación los recuerdos tienen albergues cada vez más caracterizados.

Estas ideas de Bachelard propician un diálogo con Rossana Cassigoli en su texto *Memoria y fuentes para la casa humana* (2003). Ella nos dirá que en la casa se encarna la memoria atávica. La autora se interesa por

mostrar la presencia, nada inocua, de la memoria en una morada:

Edificación donde se vive –alrededor y en su centro– y que parece reflejar el don humano de la memoria, que es justamente reproducir el habitar. Memoria, morada y familiaridad son palabras con la cualidad de resonar y actuar como símbolos debido a su vocación de ordenar la experiencia esencial de la especie humana: las preferencias comunes, colectivas y personales de la memoria y el olvido (2003:1).

Bachelard se pregunta si a través de todos los recuerdos de todas las casas que nos han albergado, y allende todas las que soñamos habitar, ¿puede desprenderse una esencia íntima y concreta que sea una justificación del valor singular de todas nuestras imágenes de intimidad protegida?

Por su parte Cassigoli se preguntará:

¿Cómo describir la incidencia de los recuerdos ocultos, ensombrecidos o puestos en el cuerpo con todas las formas particulares y universales de la cultura y cuyo cauce natural es la casa, donde se incrusta y arraiga la memoria de la costumbre? (2003:2).

Luego nos dirá que la respuesta a esta pregunta es poner en escena una memoria que busca alojamientos diversos: fragmentos de cosmovisiones, cosas tangibles, sonidos u órganos del cuerpo, por mencionar los más visibles, pues la prolongación de esa memoria en objetos y en formas domésticas de la vida cotidiana es

una clase de vestigio de apariencia evanescente. Esta relación entre la memoria y la poética de la casa seguiré desarrollándola en las siguientes aproximaciones a tres relatos colombianos.

Aproximaciones a los valores de intimidad poética del espacio interior en tres relatos colombianos

Espero que la disertación elaborada hasta aquí de cuenta de una apropiación correcta, compleja y óptima de la crítica de Bachelard concerniente a la poética del espacio. Dicha apropiación deberá validar una aproximación a los relatos *Mediodía*, *Cerca al café* y *Bajo el frío*, del autor colombiano Fernando Garavito, comprendida en la edición de Villegas sobre *Casa colombiana* (1992). Me concentraré en extraer de ellos las frases donde se condensan las imágenes literarias, almendras centrales para Bachelard: “*es pues, al nivel de las imágenes aisladas donde podemos repercutir fenomenológicamente*”.

También analizaré si en los relatos se pueden extraer conceptos de nuestro autor y qué tan apropiada resulta su crítica para este abordaje. Igualmente, espero resolver interrogantes como: ¿qué relación establece el autor con su casa natal? ¿Qué arquetipos pueden encontrarse en su obra literaria? ¿Se encuentran elementos para identificar las huellas de una memoria atávica? ¿Logra renovar nuestras percepciones sobre la casa? ¿Logra excitar nuestros sentidos? ¿Qué principios unificadores y valores otorga el autor a su casa?

Relato 1: *Mediodía*

Son las doce del día. Con parsimonia, el hombre deja su escritorio ubicado frente a un enorme ventanal

lleno de helechos, coloca meticulosamente los lápices de colores con los que escribió fórmulas y ecuaciones, toma su sombrero de jipa blanco colgado del perchero, se abre el cuello de la camisa y se lanza a la aventura de la calle. Más allá de la penumbra del zaguán con su sobrio silencio, sabe que el sol cae a borbotones. La calle es un mercado persa, con hombres que arrastran carretillas e historias interminables, niños que juegan a la golosa y rompen sus gritos contra el firmamento, mujeres multicolores que venden pescado fresco, y corrillos que buscan la sombra de los aleros para hablar de las noticias que escucharon por radio, de la situación política, de los próximos carnavales, del discurso del presidente.

El hombre no se afana. El periódico que lleva bajo el brazo choca de vez en cuando contra los vestidos de seda que cuelgan de puertas y balcones, sobre todo cuando les saca el cuerpo a las mujeres de los mangos de sal, a la avena helada, a las baratijas y cachivaches. Hace tiempos, cuando vivía su mujer, y sus hijos eran algo más que una sombra, bajaba a la vereda a comprar aguacates, a escoger para sí nísperos y ciruelas. Ahora no. Ahora sigue su camino agobiado por el calor, aplastado por los recuerdos y los malos olores. A veces siente ese deseo inmenso de ser ellos, de sentarse a la sombra en camiseta a espantar la modorra con miradas de buey sobre las quinceañeras. Pero desde siempre sabe que no podrá, que la armazón que lleva dentro lo detendrá al borde de sí mismo, que lo regresará de un solo golpe a la dura realidad de sus immaculados zapatos blancos de cabritilla, a la mecedora donde lee a Flaubert y devora a Teilhard noche tras noche, a sus cartas escritas con letra azul, llenas de formalismos y nostalgias.

Después la plaza, con su iglesia y sus parroquianos, y más allá su calle, la calle donde nació, donde conoció el amor y supo de la muerte, donde ahora aprende lo que es la soledad y la tristeza. Acá toda la vida. Setecientos doce pasos para partir, setecientos doce para volver, para

sacar las llaves, para atravesar el jardín interior con sus palmeras y sus buganvillas, con sus enredaderas bajo las cuales crecen las arañas. Nunca jamás se ha aventurado por ese laberinto, y se ha limitado a proteger su camino de una maraña tropical donde reinan los loros. Un poco antes de las lluvias de julio allí nacen, y mueren sin que nadie las toque, orquídeas, gladiolos, pasionarias, jazmines. Este es el reino de los batracios y de las iguanas que, agobiadas por el calor, se extravían a veces sobre los baldosines. Allí, en ese mosaico interminable de amarillos y grises, huye el calor, escapa más allá de la tapias, golpea inútilmente sobre la agujereada madera de las columnas y los artesonados.

*Mientras el hombre espera su almuerzo de arroz y patacones, **las hormigas hacen del mantel su universo secreto**, afanosamente corren detrás de una barona, husmean los lugares donde habrán de caer las migajas de pan y de polenta. Afuera, es solemne el silencio de la 1. Bajo la brisa que agita la copa de los árboles, el hombre vuelve sobre sus pasos, descubre las blancas persianas de madera, acaricia la humedad de los muros de piedra. Luego inventa otra vez las escaleras. **A esa hora la casa parece desmoronarse, está llena de ruidos que hablan de otras épocas, de los días de fiesta a comienzos de siglo**, de los esclavos y las caballerizas, de las mujeres acostumbradas a pulirla. Recuerda entonces los muebles de mimbre, el aparato de la RCA Víctor, los abanicos de sándalo, los baúles con su fresca fragancia de ropa limpia y sus trebejos. Bajo esta puerta pasan sombras, recuerdos y fantasmas, alguna vez cantó el horno de pan y ladraron los perros, las ollas silbaron su amorosa canción en la cocina y los mismos geranios volvieron otra vez a sus macetas. Aquí están las hamacas y la brisa del mar, el sonsonete de los zancudos y las imágenes sagradas, los bronces y el mismo cielo azul metálico, el mismo cielo inmenso, avaro de tormentas y de nubes.*

*Cansado, el hombre se acerca al óvalo del espejo. Otra vez sus facciones, su gesto de cada día, su mirada. A sus espaldas el lecho abre sus brazos al cansancio. Antes de recostarse se acerca a la ventana. Más allá de los techos de barro la ciudad vibra, lejos se oyen sus gritos y llamadas. El sol sigue impertérrito. Las campanas del templo dan las 2 de la tarde. Lentamente regresa hacia sus cosas, al armario de tres cuerpos, las butacas, el sofá donde murió su padre, los tapetes, las lámparas. Hay algo de amoroso en su penumbra. **Proust brilla en el estante de los libros: quién sabe qué será de él después de los gorgojos.** Aún queda la costumbre del anjeo y sigue la ceremonia del toldillo. **Vuelve a ellas como algo esencial. Cuando las cumple regresa a la niñez, al patio y sus naranjos, al balcón para conversar hasta la tarde.** Por allí van su madre y las doncellas, corre otra vez detrás de sus hermanos, regresan el gran viento de agosto, las lunas de septiembre, vuelve a las láminas de Mutis, a *Las Mil* y *Una Noches*. A la hora precisa su padre regresa del trabajo, el almuerzo está listo, aquí están la mecedora de siempre, los santos de madera, los retratos, sobre las consolas brillan las astromelias y cargan el ambiente de promesas de abeja.*

El pregón del muchacho que vende ollas de cobre vuelve a traerlo acá, a su mundo de afanes. Sabe entonces que Borges lo reclama.¹

En este bello relato narrado en tercera persona, Fernando Garavito (en: Villegas, 1992: 15) construye la ensoñación de un hombre solo, supremamente intimista, abandonado en su casa. En él la ensoñación es su única catarsis para acercarse un poco a los seres que se fueron. El narrador nos dice:

¹ El subrayado mediante negrilla es mío, en éste y en los otros relatos presentados aquí de Fernando Garavito.

A esa hora la casa parece desmoronarse, está llena de ruidos que hablan de otras épocas, de los días de fiesta a comienzos de siglo. Bajo esta puerta pasan sombras, recuerdos y fantasmas, alguna vez cantó el horno de pan y ladraron los perros, las ollas silbaron su amorosa canción en la cocina y los mismos geranios volvieron otra vez a sus macetas.

Apreciamos allí cómo a través de la casa se albergan los valores del recuerdo. Luego nos dice:

Lentamente regresa hacia sus cosas, al armario de tres cuerpos, las butacas, el sofá donde murió su padre, los tapetes, las lámparas. Hay algo de amoroso en su penumbra. Aún queda la costumbre del anejo y sigue la ceremonia del toldillo. Vuelve a ellas como algo esencial. Cuando las cumple regresa a la niñez, al patio y sus naranjos, al balcón para conversar hasta la tarde. Por allí van su madre y las doncellas, corre otra vez detrás de sus hermanos.

Vemos como el personaje sigue la ceremonia íntima de habitar su casa, repitiendo sus hábitos cotidianos y estos le permiten ensoñar sus ausencias.

Esta poética del espacio nos permite comprender que en la casa se enraiza, se encarna y se funda una memoria atávica, de la costumbre, que instauro en nosotros las maneras de habitar los espacios cotidianos e íntimos. Para Michel De Certeau:

Lo innumerable de las cosas familiares, pulidas, deformadas o embellecidas por el uso, multiplica también las marcas de manos activas y cuerpos laboriosos o pacientes de los que estas cosas componían las redes cotidianas: presencia obsesiva de ausencias trazadas por todas partes (1996:25).

La memoria se encarna en la casa en el sentido de *habitus*, concepto este que Pierre Bourdieu desarrolló profusamente. Cassigoli nos advierte que el *habitus* simboliza la costumbre, pero no el hábito repetitivo y mecánico sino la relación activa y creadora de cada ser con el mundo. El *habitus* entraña también un valor de lo deseablemente habitable.

El habitus también es el hábitat o la casa perdurable, la que constituye el espacio físico y el espacio simbólico donde se construye la personalidad primigenia del individuo y la primera percepción del afuera y los otros (Cassigoli, 2003:3).

En *Mediodía* la casa exhibe todos sus valores de onirismo y reminiscencia, en ella el personaje encuentra mediante la ensoñación la presencia obsesiva de las ausencias de sus seres queridos, como fantasmas alojados en cada objeto, memoria encarnada en una poética de la casa.

De otra parte, en este texto el autor construye con pocas palabras dos imágenes literarias que alojan enigmas e intuiciones sugerentes. En la primera, “*las hormigas hacen del mantel su universo secreto*”; se renuevan nuestras percepciones enmohecidas por la costumbre de ver un corrillo de hormigas en algún lugar de la casa. Garavito propone mirarlas en un microcosmos, un espacio que es todo un universo para ellas, con todo lo que ello implica y sugiere. En la segunda, “*Proust brilla en el estante de los libros: quién sabe qué será de él después de los gorgojos*”; aquí el autor consubstancializa a Proust en la copia de uno de sus libros, luego nos formula una inquietud que se convierte en enigma inquietante, que no se deja aprehender fácilmente pero nos excita: ¿habita el alma de un autor en cada una de sus obras? ¿Deja halitos de su existencia

dispersa entre sus libros? ¿Teme Proust a los gorgojos que devoran las páginas que lo albergan?

Relato 2: Cerca al café

*Ahora camino como un fantasma, recorro los corredores, voy y vuelvo hasta el cansancio, mis pasos dejan un rastro que nadie podrá seguir por más que quiera. Esta pieza, esta esquina, este solar, esta madriguera. Me gusta ir pegada a la pared, de espaldas para que nadie me sorprenda. Pero resulta que choco con las sillas, con las consolas, a veces debo bordear **la cama donde murió mamá**, las macetas de flores secas, el viejo escritorio de cortina de papá y el abuelo. En el jardín de las tres de la tarde, cuando el sol justifica la exuberancia del clima templado, ustedes persiguen mariposas con sus sombreros. **Entonces éramos felices**, teníamos las lecciones y la costura obligatoria, cada quince días venía el maestro de piano, de manera que Luisa, que estaba enamorada de sus ojos y su melancolía, nos ponía a la fuerza esos aparatosos vestidos de organdí llenos de lazos que nos obligaban a tocar a Chopin como si fuera Dvorak. Pero la mayor parte del tiempo nos dedicábamos a vivir como decía mamá que debían vivir las señoritas, leíamos las lecturas edificantes que nos permitía el padre Bravo, rezábamos el rosario de la noche, tratábamos con cortesía distante a las criadas y a los arrendatarios, cuidábamos el jardín y cortábamos delfinios y jacintos para el altar de los domingos. Todavía están el altar y los floreros, pero nosotras ya no estamos, ustedes tal vez viven allá o no sé dónde, mientras **yo persigo mi sombra en el amanecer**, por anaqueles, solares azules e interminables barandas de colores. **Alguna vez sentí que yo estaba en el fondo del baúl de los álbumes**, donde mamá dejó clasificados sus tres viajes a Europa, donde está su retrato de amazona y las fotos de los abuelos, pero cuando quise palpar, palparme, me espantaron las cartas donde papá nos cuenta tantas*

cosas, donde nos copia poemas y sentencias, donde **nos habla de la casa, de la forma como él llegó hace doscientos años.**

*En ese entonces trajeron maderas y baldosas, trajeron porcelanas, vajillas, lámparas y retratos. Alguien cargó un piano envuelto en tapetes persas, y damascos, percheros y una victrola con un disco de La Danza Macabra. Papá, papá. **Aún oigo el disparo,** los gritos, **corro desde mi habitación,** al levantarme tumbo la jarrita de agua que tengo sobre la mesa y con los vidrios me corto los pies descalzos. Pero corro, corro, corro detrás del eco, de repente sé que alguien prende las luces de las arañas y de los candelabros, sé que grito también, dejo un rastro de sangre sobre los baldosines, atravieso puertas y cruzo habitaciones, no sé por qué **veo nítidas ventanas y ventanas,** subo peldaños de piedra, peldaños de madera, paso frente a las cosas de mamá, tropiezo con el mueble de sus potes de porcelana -tintinean aún en mi cabeza-, por ahí andan Julia y Alicia que corren como alma que lleva el diablo y andan ustedes y andan las muchachas, hasta que me extravió, **estoy sola con mis recuerdos,** él, con sus bigotes y sus cuellos de pajarita, leyendo en su biblioteca hasta más no poder, hasta el agotamiento, él, su mirada profunda en el espejo, sus silencios interminables hechos de caricias también interminables, fugazmente veo la cabeza del venado que fue su trofeo de caza, el anaquel con sus pistolas, su silla de montar, el reloj que marcó la hora. En el horizonte, **oigo cómo relinchan los caballos,** sé que tropiezo y caigo y vuelvo a correr y tropiezo de nuevo, hay un abominable estrépito de puertas pero el inmenso portón que da entrada al gabinete de mamá permanece cerrado, en el salón el viejo Fly lloriquea y menea la cola, hasta que atravieso los cancelos de madera tallada.*

Entonces siento bajo mis plantas el césped húmedo de las 6 de la tarde, las chicharras hacen un ruido inmenso y el viento agita las copas de las ceibas y de los algarrobos. Atrás queda el fulgor de los geranios y

*atrás el mirador sobre el valle desde el cual cada tarde asistimos al verde de los guaduales, a la puesta del sol, al sol de los venados. Corro, corro, corro. Los guajiros del caminito que serpentea entre los cámbulos me destrozan los pies. **Sé que persigo mi sombra pero ella va más rápido**, sé que es urgente llegar al pabellón donde se oye el rudo aletear de los canarios contra los ventanales. La puerta está cerrada. Por un instante veo el resplandor de las orquídeas y de los rododendros, la humedad sobre vidrios y cristales. Luego nada. Es la hora del Ángelus. Allá en el horizonte se oye la campana mayor. Una, dos... seis campanadas.*

*Entonces todo vuelve a ser lo que era antes, las criadas lavan los corredores interminablemente e interminablemente bruñen las vasijas de cobre, mamá se alista para ir a la misa, y papá sostiene la puerta del Packard. Más tarde vienen las visitas que se sientan en el inmenso salón donde toman café con colaciones, los helechos ponen una nota de aire de tierra fría en el ambiente, Helena toca el piano y los perros caminan al tuntún por los jardines. En el gran comedor, bajo el cielo raso de madera con su enorme araña de cristal tallado, siempre hay un sitio libre. A veces lo ocupa el párroco, a veces la priora del convento, a veces el abuelo con su gran leontina. **Recuerdo.** Amaba el ajedrez y el ron de caña, y se adormecía sobre una silla tonet que él llamaba la Sucursal del Paraíso. Por entre los dos océanos de cafetos, más allá de la tapia de adobe, desfila hacia el establo el rebaño de vacas. Hay ruidos de cencerros y gritos de vaqueros, y flotan por ahí los tiernos sonidos elementales de la tarde. Cede el calor y los búhos comienzan a abrir sus ojos amarillos al asombro. En un rincón, bajo la lamparita, papá repasa a Goethe hasta el cansancio. **En el fondo están los ruidos de las vasijas, las ollas tararean una canción monótona.** Ustedes salen del baño vespertino con gritos de porcelana y de dentífrico, mientras a mí me arroba el sonido del Ángelus, la música que se desprende de la tarde.*

Este relato contado por una voz femenina, puede interpretarse como una escritura en *ánima* de Fernando Garavito (en: Villegas, 1992: 79), un alter ego que proyecta toda su feminidad ensoñadora. Hay en *Cerca al café* un sinnúmero de valores de onirismo y resguardo albergados una vez más en la casa natal. La narradora se desdobra e inicia en el ensueño el trayecto por su casa (*“Ahora camino como un fantasma”, “Sé que persigo mi sombra pero ella va más rápido”*); como sus huellas va construyendo enigmas e intuiciones que excitan los sentidos del lector (*“mis pasos dejan un rastro que nadie podrá seguir por más que quiera”*); en los objetos están trazados las huellas de las ausencias queridas, los objetos hospedan la memoria de acontecimientos de trascendencia (*“la cama donde murió mamá”*). Esta ensoñación exhibe el germen de felicidad de las ensoñaciones hacia la infancia, hospedadas en la casa materna (*“Entonces éramos felices”*).

La memoria se integra con la imaginación y el soñador vuelve a habitar ese espacio detenido en el tiempo (*“Aún oigo el disparo, los gritos, corro desde mi habitación, al levantarme tumbo la jarrita de agua que tengo sobre la mesa y con los vidrios me corto los pies descalzos”*). Los familiares se encarnan en los parajes de la casa, la memoria atávica y la imaginación configuran la imagen literaria, la vivencia ensoñadora (*“él, con sus bigotes y sus cuellos de pajarita, leyendo en su biblioteca hasta más no poder, hasta el agotamiento”*).

La ensoñación otorga a la casa una belleza propia de su pasado, hay una diferencia entre la casa habitada y la casa ensoñada. La primera nos pudo parecer pequeña y calurosa, en la ensoñación nos podrá parecer tibia, íntima y acogedora; para Hayden White (2003) todo escrito histórico contiene un encanto por su pasado, su *pathos*, es decir su paseidad. En otras palabras es la

belleza que le otorga el paso del tiempo, que resignifica cada vivencia cotidiana y la embellece, poetizando los actos más sencillos, animando los objetos más simples (*“En el fondo están los ruidos de las vasijas, las ollas tararean una canción monótona”*). La narradora evoca los valores de onirismo de los objetos sencillos pero significativos, los objetos íntimos vestidos por la imaginación (*“Alguna vez sentí que yo estaba en el fondo del baúl de los álbumes”*). Para Bachelard el armario y sus estantes, el escritorio, y sus cajones, el cofre y su doble fondo, son verdaderos órganos de la vida psicológica secreta. Sin esos “objetos”, y algunos otros así valuados, nuestra vida íntima no tendría modelo de intimidad. Son objetos mixtos, objetos-sujetos.

Finalmente el relato nos muestra como la narradora, en su anima ensoñadora está excitada en sus sentidos, logrando así excitar los nuestros (*“estoy sola con mis recuerdos”, “fugazmente veo la cabeza del venado”, “oigo cómo relinchan los caballos”, “veo nítidas ventanas y ventanas”*).

Relato 3: Bajo el frío

Sólo yo conozco los secretos de esta casa, las cosas que ella abriga, lo que la hizo ser de esta manera. Me dice usted que es hermosa. Le contesto: cuestión de maquillaje. Recórrala, como yo, durante muchos años, cámbiele paredes, modifíquele espacios, ábrale ventanas, invéntele niveles. Está bien que así sea. Este rincón parece hecho para albergar la luz, aquí deben quedar estos objetos, de alguna manera bajo este techo deben vivir estas personas y no otras. Pero no soy yo, ni podrá ser usted, quien le imponga condiciones. Es ella la que quiso vivir en este sitio, la que inventó sus puertas y escaleras, ella la que abrió sus claraboyas, la que soñó un zarzo lleno de cachivaches que deben

*permanecer eternamente, la que exigió este cuadro en este muro, este sofá frente a la chimenea, la que elevó el techo como maloca o lo tendió como mujer dispuesta. **Mi casa decidió ser de ladrillo**, escogió sus maderas, sus caobos, sus vigas de nogal, sus guayacanes, ella hizo su propia luz, se fabricó sus sombras, resolvió la altura de sus paredes, la dimensión de sus puertas, redondeó las aristas cuando fue necesario, torneó el hierro hasta hacer rejas y filigranas, ideó el juego de baldosines, diseñó los vidrios y las vidrieras, biseló los cristales.*

*Pero también la casa colgó las lámparas y tendió alfombras y tapetes, organizó la biblioteca, colocó en este sitio el piano, y en este o este y este los relojes, ubicó mesas, seleccionó vajillas, construyó barandas y pasamanos, impuso aleros y abedules o eucaliptus. **Esta casa nació, creció, se reprodujo y no piensa morir en mucho tiempo.** Preste atención: **está llena de ruidos, crujen las maderas, muchos goznes chirrían, camina paso a paso sobre el parqué, respira.** En ocasiones, **vaya usted a saber qué le sucede, suspira hondo o lanza algún gemido, o se sienta a pensar sencillamente.** Pero no confunda sus pensamientos con el viento que agita las ramas de los sauces. No. Ese es el viento que agita las ramas de los sauces. Cuando la casa piensa se siente su presencia, hay algo que se concentra en un sitio preciso, a veces en el solar, en ocasiones en el comedor después del desayuno.*

***¿En qué piensan las casas? Tienen pensamientos sencillos y otros pensamientos.** De vez en cuando se sienten incómodas con un canapé o una poltrona. Entonces les quiebran una pata. **Pero en otras circunstancias rememoran lo que ha sido su vida pasada**, una vida que comenzó hecha de adobe y de tejas de barro, y que se fue extendiendo de baldosa en baldosa, de ladrillo en ladrillo, de persona en persona. **¿Sabe usted? Esta casa detesta las palomas pero ama la música de Schumann.** Cuando decide oír la*

*se sumerge en la melodía de un temperamento como el suyo, sujeto a intempestivos cambios de clima, al sol, a las tormentas, a la caricia de una llovizna de verano. Schumann se acomoda muy bien a estas paredes, tanto que los canarios interpretan unos pocos acordes de El peregrinaje de la rosa sin que nadie jamás lo haya notado. **Pero estas son sensaciones y usted quería saber de pensamientos.***

*Esta casa, digo: esta casa en concreto, **piensa en Morada al sur**, que es una casa como ella, y establece relaciones profundas con ese umbral gastado donde el viento repite una sílaba que brilla por instantes. Ah, permítame, sé que me emociono más de lo debido. **Pero hablo de esta casa, mi casa**, le cuento cómo ella ha colocado las cosas en su sitio, las gentes en su sitio, en este lugar usted, aquí la abuela, más allá la mujer o el cigarrillo. Entienda usted, **esta escalera soportó alguna vez el peso de mi padre, sobre esta pared la muerte grabó su impronta, en este corredor llegaron a guarecerse mi madre y sus hermanas.***

Esta es mi casa, la que me ha leído día a día, la que me ha pensado, me ha modificado, la que me ha hecho a su imagen y semejanza.** Antes que el habitante soy el habitado, el vivido, es ella la que abre sobre mi dorso puertas y ventanas, la que siembra rosas en mi jardín, la que clava anaqueles sobre mi pecho para poblarlos de libros y de cuadernos, **mi casa entra a torrentes por mis venas y en ellas canta con grifos y sifones**, quedamente levanta el aldabón para anunciar que llega y **luego se sienta en mis rodillas, me protege con gualdrapas** y esteras, **cuando arriba la noche prende mi chimenea**, en mis ojos crepita el fuego eterno, mi casa mira mis llamaradas en las que purifico un solo instante a partir del cual construyo las once de la noche, las cuatro de la mañana, **en mi cabeza de niebla vibran los pregones del viento que despeinan mis tejas y miradas.

Como el frío es inmenso mi casa me construye

paredes de espesor respetable y me puebla de gatos, me llena de aromas de café y tabaco, me convoca alrededor del fuego de la cocina. Así soy yo, personaje de Losey, poseído por dentro, me llamo calle 90, calle 94, soy domicilio de paisajes de bruma, sobre mis hombros flota la capa del rocío. A las cinco, cuando comienzan a pasar los transeúntes, mi casa atraviesa el umbral y sale a su trabajo. Entonces me quedo solo, conmigo mismo, solo atravieso mis patios, recorro mis corredores, bajo mis escaleras, voy al sótano, me asomo a mis azoteas, echo humo por mis buitrones, cuido mis celosías y peino mis jardines, yo, cargado de begonias, de pieles de vicuña, yo, encerrado bajo mis ventanales, dispuesto a no salir, a quedarme aquí dentro mientras mi casa abre de par en par sus puertas para que entre el viento a despeinar mis sillas y mis fotografías, a descansar en mis patios claustrados, a dormir enredado en las enredaderas. Me habla usted de venta. No lo entiendo.

Sin duda, *Bajo el frío* es una oda a la casa, es su exaltación poética. Para comprenderlo Bachelard es vital, imprescindible. ¿Por donde empezar? Todas sus frases diseminan imágenes literarias, enigmas, intuiciones, metáforas. En este relato la casa es un “ser” con todas sus propiedades humanas. Desde el principio el autor genera una aisthesis vivificante, cada palabra renueva nuestras percepciones.

De la concepción clásica de casa como espacio para la cotidianidad pasamos con Garavito a la casa como ser:

Es ella la que quiso vivir en este sitio, la que inventó sus puertas y escaleras, ella la que abrió sus claraboyas, la que soñó un zarzo lleno de cachivaches que deben permanecer eternamente. [...] Suspira hondo o lanza algún gemido, o se sienta a pensar sencillamente.

El carácter enigmático de la obra literaria es construido desde la primera frase: “*Sólo yo conozco los secretos de esta casa*”. En su imaginación la casa vive su propio ciclo vital: “*Esta casa nació, creció, se reprodujo y no piensa morir en mucho tiempo*”. Ejerce su propio albedrío: “*Mi casa decidió ser de ladrillo*”. Su condición de ser es rica y se complejiza. De esta forma nos enteramos cómo encierra en sí misma sus propios enigmas: “*vaya usted a saber qué le sucede*”. Siendo ser ella también ensueña: “*en otras circunstancias rememora lo que ha sido su vida pasada. [...] Pero estas son sensaciones y usted quería saber de pensamientos*”. Como ser domina a los habitantes que la habitan, o que ella habita, que la viven o que ella vive: “*Esta es mi casa, la que me ha leído día a día, la que me ha pensado, me ha modificado, la que me ha hecho a su imagen y semejanza*”.

Aquí la aisthesis emerge, nos renueva, nos cuestiona, el relato excita nuestros sentidos, nos invita a ensoñar, uniendo en nuestra casa la memoria y la imaginación. La casa es un ser, quizá una madre. El relato refleja con todo vigor los valores de protección: “*me protege con gualdrapas*”, del clima “*como el frío es inmenso mi casa me construye paredes de espesor respetable*”, de la oscuridad “*cuando arriba la noche prende mi chimenea*”.

En la ensoñación la memoria excita los sentidos, “*está llena de ruidos, crujen las maderas, muchos goznes chirrían, camina paso a paso sobre el parque, respira*”. En la casa la memoria se encarna en los objetos y cada espacio conserva una fracción de tiempo detenido. En ellos se plasman las presencias ausentes “*esta escalera soportó alguna vez el peso de mi padre, sobre esta pared la muerte grabó su impronta, en este corredor llegaron a guarecerse mi madre y sus hermanas*”. La casa en la

obra literaria entabla una intertextualidad poética: *“piensa en Morada al sur”*.

Uno de los recursos más bellos y elaborados del relato es la consubstanciación. Sin advertirlo el narrador se consubstancializa con la casa: *“mi casa entra a torrentes por mis venas y en ellas canta con grifos y sifones”, “soy yo, personaje de Losey, poseído por dentro”*. El narrador transmuta sus sentimientos a la casa, aloja en ella su sentir: *“Esta casa detesta las palomas pero ama la música de Schumann”*. Narrador y autor se hacen uno en la narración desbordando la distinción dentro-afuera *“en mi cabeza de niebla vibran los pregones del viento que despeinan mis tejas y miradas”*.

Y cuando se espera en el fin de la consubstanciación el retorno a la razón dominante, cuando se espera que el narrador retorne a su lugar y la casa al suyo, el relato nos sorprende, nos excita, exhibe toda su imprevisibilidad. Transmutada con el narrador, la casa se desdobra, se despoja de sí, se abandona y se vuelve el ser humano *“mi casa atraviesa el umbral y sale a su trabajo”*. El hombre, por su parte, queda transmutado en la casa: *“Entonces me quedo solo, conmigo mismo solo atravieso mis patios, recorro mis corredores, bajo mis escaleras, voy al sótano, me asomo a mis azoteas, echo humo por mis buitrones, cuido mis celosías y peino mis jardines”*. Finalmente, y sin abandonar la transmutación el narrador convertido en casa interpela a un interlocutor desapercibido creando la conciencia de otredad: *“Me habla usted de venta. No lo entiendo”*.

Cassigolo dialoga con De Certeau y nos dice que para él,

En su calidad de utensilio y creación material donde se fraguan y simbolizan la imaginación y los sueños, la morada es también fruto material

de un deseo edificador que se manifiesta como necesidad. Encarna el sitio hipotético donde se forma la identidad y la personalidad de un sujeto gregario (2003:4).

Bachelard sostiene que creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad solo se conocen una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser, de un ser que no quiere transcurrir, que en el mismo pasado va en busca del tiempo perdido, que quiere “suspender” el vuelo del tiempo. En sus mil alvéolos el espacio conserva tiempo comprimido.

Por su parte, Cassigoli nos dice que

Después de analizar las múltiples deficiencias de la memoria (amnesia o afasia), descubrió que bajo una memoria superficial, anónima y asimilable al hábito, yace una memoria profunda, personal, “pura”, que no es asimilable en términos de “cosa” sino de “progreso”. Esta teoría descubrió los lazos de la memoria con el espíritu e impregnó notablemente a la literatura.²

Una propiedad distintiva de los seres humanos es la capacidad de organizar la vida y atribuirle sentido como experiencia; pero frente a las tensiones de la racionalidad y la instrumentalización y utilitarismo de la vida, mucha de esa experiencia cae en desuso y se sumerge en el olvido. *“Esta memoria adquiere la forma de sustancia residual de la experiencia vivida; lo que*

² Le Goff se refirió a la narrativa de Proust y al surrealismo moderno, que también lo llevó a interrogarse sobre la memoria. Hacia 1922, Breton, en *Carnets*, se preguntaba si la memoria no sería sólo un producto de la imaginación. (v. *Manifiesto del Surrealismo*, 1924, cit. en Le Goff, 1991: 177).

quedó inclasificado por la ciencia del interés inmediato, es decir, la llamada razón instrumental”.

La ensoñación es mucho más que un simple acto imaginario, es una actividad sumamente humana y humanizante. Para De Certeau *“en el interior de la cultura ordinaria, el orden es puesto en juego por una arte, es desecho y burlado; de este modo “se esboza un estilo de intercambios sociales, un estilo de invenciones técnicas y un estilo de resistencia moral”.*

La ensoñación es el espacio íntimo para la reconstrucción de la memoria, para la reorganización y recuperación de las jerarquías de la memoria y el olvido, para la resignificación de nuestra experiencia vital de seres propiamente humanos.

En la ensoñación el ser va a recuperar, mediante el recuerdo y la imaginación, su experiencia vital, caída en desuso frente a la razón instrumental, frente al utilitarismo del mundo en la postmodernidad. Se convierte así en un espacio de resistencia y creación imaginaria y reminiscente frente a los valores hegemónicos de la vida.

Si con De Certeau vemos como el ser metaforiza la literalidad de los espacios que habita, los reinventa, los resignifica, con Bachelard vemos como el ser le otorga fuertes valores de onirismo, poetiza sus espacios íntimos, dialoga con ellos, se consubstancializa, se transmuta, desbordando ampliamente a la metáfora, pues en la ensoñación la imagen literaria es mucho más que la asociación de imágenes, es un estado del alma.

Finalizo compartiendo con el lector un relato propio, estimulado por el estudio de Bachelard, acerca de la casa de mi infancia.

Pueblerina y bella la casa de mi infancia

He escrito este relato durante 18 años. De imagen en imagen. Tengo 24. A los seis inicié el éxodo de mi casa natal. Fui un exiliado prematuro.

Me fui, pero ella no se ha ido. Vive en mí. En el amanecer, apenas el gallo cantaba en la ramada, la casa de mi infancia suspendía desde su claraboya un trozo de luz diáfana, cristalina, entre la oscuridad del corredor, antes de que se abrieran las puertas y ventanas. Lo hacía para sorprenderme. Me levantaba y lo encontraba allí, manantial de luz intenso, abriéndose paso desde el tejado.

Cuando se desparramaba el sol entre las ventanas y portones, la casa de mi infancia revoloteaba alegre. La buena de mi tía caminaba hacia el solar con sendos granos de maíz para las gallinas. Seguramente, las lombrices también se alegraban ante su presencia. Por su parte los curies se internaban entre el verdor del pasto, las gallinetas aleteaban sus vistosas alas, las palomas revoloteaban hacia el firmamento. El gallo contemplaba satisfecho la opulencia de su gallinero, mientras mi tía picoteaba con sus manos el pastizal para retirar los huevos tibios y rosados. Los patos chilenos chapuzaban alegres en la tanqueta.

Era pueblerina y bella la casa de mi infancia. En vacaciones me internaba en su ramada. Pilaba los granos de maíz para la mazamorra y las arepas, mientras la buena de mi abuela bordada campos fértiles sobre lino blanco.

Al mediodía, podía escuchar el *tin-ton* labiodental del bueno de mi tío. Salía emocionado hacia su encuentro. Recorría el corredor recién trapeado. Pasaba por el cuarto de mi tía, por el de mi abuela, inhalaba el aroma tibio del sancocho caliente y la mazorca tierna desde la

cocina. En el comedor los brazos de mi tío me esperaban. Me levantaba hacia su pecho y besaba mis mejillas. De sus labios aprendí el abecedario, las capitales del mundo, la oración de gratitud por los alimentos.

El reloj de la pared marcaba las 12:15 p.m. En la casa de mi infancia aprendí la noción del tiempo, ¿acaso nunca se cansará de caminar? Lo vigilaba entre horas esperando que en cualquier momento el reloj se detuviera para comprobar que él también descansa. Pero el bueno de mi tío, siempre tan precavido, cambiaba sus pilas antes que se acabaran. De su boca aprendí que el tiempo nunca se detiene.

En la casa de mi infancia se quedaron los pepinos rellenos, las arepas tibias que cubrían el plato, el chocolate caliente y vaporoso en la taza esmaltada, el suero dulce de los quesos frescos. Después de almorzar el bueno de mi tío se mecía en la ramada sobre su silla de mimbre. Me sostenía en sus piernas y repetía para mí las palabras y sus letras. Me enseñaba que la tierra rotaba alrededor del sol, mientras yo sabía que mi mundo giraba alrededor de él. Era mi figura paterna, mi ejemplo, mi ídolo. Mi padre no estaba, nunca estuvo.

Sagradamente, antes de las dos, mi tío se despedía de sus animales, especialmente de la gallina Mireya, la negra y vieja consentida de la casa. Sentado entre sus brazos, caminábamos hasta la sala. Allí servíamos el alimento a las sardinas del acuario. Podría jurar que se alegraban con su presencia. Danzaban con sus colores destellantes plateados y rojizos.

A las dos de la tarde el pito de un auto llamaba desde la calle. Mi tío besaba mis mejillas y con su *tin-ton* abandonaba la casa por el corredor. Ella y yo extrañábamos su presencia. Yo me quedaba con una lección de español entre los libros.

En el corredor la casa de mi infancia cumplió mis fantasías arácnidas. Me extendía sus paredes blanquecinas como poderosas manos. Yo ascendía sobre ellas hasta tocar suavemente el machimbre embarnizado de su cielorraso. Desde la altura lo sentía inmenso. Ella lo sabía. Yo limpiaba su piel con un trapo humedecido y despojaba las marcas de mis pasos. Mi abuela regaba con agua lluvia las matas y yo lustraba las hojas con un lino embebido en agua de panela. Quedaban lustrosas las plantas de mi casa. Nunca supe porque las hormigas no hicieron de ellas su universo secreto.

Al caer la tarde, cuando la casa de mi infancia despedía la visita del sol, me internaba en el patio para retirar los tendidos de la ropa seca. En ocasiones el viento jugueteaba por allí y escondía las prendas entre los pastizales. Muchas veces hicieron con ellas festines las gallinas. Especialmente con las blusas de mi tía, como si cobrasen en secreto la ausencia diaria de los huevos rosados.

Las palomas retornaban a sus nidos, los curíes a sus casas diminutas, el gallo se colgaba del naranjo, los patos se tendían en la ramada, las gallinetas se acurrucaban silenciosas.

En la casa de mi infancia escondí bajo la almohada el primer diente para el ratoncito Martínez y lucí, para complacencia de mi tío, el primer disfraz de payaso. Era pueblerina y bella la casa de mi infancia.

Con el tiempo la casa se puso triste cuando una trilladora de café se instaló en la esquina de la cuadra. Empezó a comprar poco a poco las amigas de mi casa. Finalmente, amenazante, colindó con la casa de mi infancia. Mi abuela también se puso triste y se fue desmoronando por poquitos. La diabetes, como un comején, fue carcomiendo su cuerpo con paciencia. Primero un pie, luego el otro, después una pierna, luego

la otra. Hasta que en la tristeza de la invalidez, una mañana, antes que mi casa lanzara el chorro de luz por su claraboya, mi tío me invitó a besarla. Caminé entre dormido hasta su cuarto. Sentí sus manos tibias, su cuerpo frágil. Ya no me miraba. Seguramente ascendió por la claraboya. Seis horas después un auto se llevó su cuerpo.

Mi tío se puso triste, todos nos pusimos tristes y mi casa aún más. Entonces mi tío quiso reiniciar otra vida y la trilladora que ya lanzaba sobre el tejado el polvo ardiente de sus máquinas, ofreció comprar mi casa. Mi tío se resistió, pero el ruido de la trilladora y la tristeza por mi abuela doblegaron su voluntad. Todos abandonamos la casa de mi infancia. Se fueron las gallinas, los patos, los curíes, las gallinetas, la negra Mireya, los peces del acuario, mi tía, mi tío y yo.

Los obreros de la trilladora cortaron el árbol de granadilla, el naranjo, el mata ratón, el ají y la mata de tomate. De la casa de mi infancia despoblaron su techo, derribaron las paredes, rompieron las baldosas, desprendieron los baños, tumbaron las vigas y poco a poco la casa de mi infancia se desvaneció por completo. Los obreros retiraron sus escombros, cavaron la tierra, tomaron medidas y extendieron bodegas con maquinaria, polvo y cáscaras de granos de café.

Quien hoy recorra el barrio San Nicolás en Cartago y cruce la trilladora no comprenderá que allí vivió la casa de mi infancia, que ahora habita en mí y en quienes la vivimos, en quienes nos vivió.

Algún día quisiera soñar que regreso a la casa de mi infancia y ella me espera entre las penumbras con su chorro de luz intensa bajando desde la claraboya. Entonces, en el final de mis días me pararé bajo su luz y ascenderé con gusto al encuentro con mi abuela.

Bibliografía

- Bachelard, Gastón. *La poética de la ensoñación*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993a.
- _____. *La poética del espacio*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993b.
- Cassigoli, Rosana. “Memoria y fuentes para la casa humana. Avances de investigación”. *Cuicuilco*. México. Vol. 10, N° 27.
- Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- Garcés, Adolfo Gustavo. *Libreta de Apuntes*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2006.
- Henao, Luis Fernando y Rengifo, María Luisa. *Poesía joven colombiana*. Cali: Toro Editores, 2004
- Mendinueta, Lauren. *Poesía en sí misma*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2007.
- White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*. México: Paidós, 2003.
- Vargas Carreño, Hernán. *País íntimo*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2007.
- Villegas, Benjamín. *Casa colombiana*. Bogotá: Villegas Editores, 1992.

